

vida. La belleza, el tocado, la gracia de su hija dijérase que las estimaba como suyas. Todo iba bien en el mundo cuando veía á la niña feliz. Sus cabellos habían encanecido, y cubrían algunos mechones su frente blanca y rugosa, ó bajaban á lo largo de sus chupadas mejillas.

—Hace más de quince días—añadió luego—que Ginebra vuelve algo más tarde.

—Juan no correrá mucho—contestó el anciano impaciente, cruzando las solapas de su vestido azul.

Cogió su sombrero, se lo encasquetó, apoderóse de su palo y partió.

—No irás muy lejos.

En efecto, habíase abierto y cerrado la puerta cochera y la vieja oyó los pasos de Ginebra en el patio. Reapareció á poco Bartolomeo llevando triunfalmente á su hija que pugnaba por desasirse de sus brazos.

—Aquí tienes á Ginebra, la Ginebrettina, la Ginebrina, la Ginebrola, la Ginebretta, Ginebra la bella.

—Padre, que me haces daño.

En seguida se vió Ginebra depositada en el suelo con respetuoso cuidado. Y movió graciosamente la cabeza para tranquilizar á la asustada madre, diciéndole que todo era juego. El rostro sombrío y pálido de la baronesa recobró sus colores y una especie de alegría. Frotóse Piombo las manos con furia, signo evidente en él de satisfacción, costumbre que había adquirido en la corte napoleónica viendo al amo encolerizado contra los generales y los ministros que no le servían á su gusto ó que habían incurrido en su enojo. Cuando se distendían los músculos de su semblante, la más leve arruga de su frente indicaba benevolencia. Parecían los viejos el símbolo exacto de las plantas ávidas de riego que reverdecen unas cuantas gotas de agua después de pertinaz sequía.

—¡A la mesa! ¡a la mesa!—exclamó el barón ofreciendo su gruesa mano á Ginebra, á quien llamó *signora* Piombellina, dando con ello nueva prueba de alegría que agradeció su hija con la sonrisa más graciosa.

—Con que vamos á ver—declaró Piombo al concluir la comida,—¿sabes que tu madre me ha advertido que hace un mes que tardas mucho en venir del taller? Parece que la pintura nos suplanta.

—¿Crees tú, padre mío?

—Ginebra nos prepara alguna sorpresa, sin duda—dijo la madre.

—¡A que vas á traerme un cuadro tuyo!...—repuso el corso, palmoteando.

—Sí, estoy muy atareada en el estudio.

—¿Qué te ocurre, Ginebra? Estás muy pálida—preguntó la baronesa.

—No—contestó resueltamente la joven,—no, ea, no será dicho que Ginebra Piombo haya mentido una sola vez en su vida.

Piombo y su esposa la miraron admirados de tan singular ocurrencia.

—Amo á un hombre—continuó con acento enternecido. Y sin atreverse á mirar á sus padres, bajó sus largas y sedosas pestañas como para velar el fuego de sus ojos.

—¿Se trata de algún príncipe?—inquirió irónicamente Bartolomeo.

El sonido de su voz hizo temblar á la madre y á la hija.

—No, padre mío—repuso ella con natural modestia;—es un joven que carece de fortuna...

—Por lo menos será muy guapo.

—Es desgraciado.

—¿En qué se ocupa?

—Compañero de Labedoyere, se hallaba proscrito, sin asilo; Servín le ha ocultado, y...

—Servín es un muchacho honrado que ha cumplido como debía; pero tú, tú, hija mía, haces muy mal en amar á otro hombre que á tu padre...

—No depende de mí que ame ó no—suspiró dulcemente Ginebra.

—Yo me vanagloriaba de que mi Ginebra sería fiel hasta mi muerte; que nuestros cuidados serían los únicos que habría recibido; que nuestra ternura no podía hallar en su alma tierna rival, y que...

—¿Te he echado yo en cara tu fanático afecto hacia Napoleón? ¿Me has querido á mí sola? ¿no te tuvo meses enteros ausente de tu hija el cargo de la embajada, soportándolo yo resignadamente? La vida tiene exigencias que es necesario saber sufrir.

—¡Ginebra!

—No, tú no me amas porque yo te inspire ese sentimiento, y tus reproches descubren un egoísmo insoportable.



—¿Condenas el amor de tu padre?—vociferó Piombo con los ojos chispeantes.

—Jamás te acusaré, padre mío—replicó Ginebra con más dulzura de lo que su temblorosa madre esperaba.—Tienes razón de ser egoísta, como la tengo yo en amar. El cielo es testigo de que ninguna hija ha cumplido mejor los deberes para con sus padres. Yo no he gozado nunca más que ventura y cariño donde otras encuentran sólo obligaciones pesadas que llenar. Quince años hace que no me he apartado de vuestro regazo protector y siempre he sentido un placer vivísimo en ser el encanto de vuestra existencia. Pero ¿seré ingrata entregándome á la delicia de amar, deseando un esposo que me proteja cuando no podáis hacerlo vosotros?

—¡Ah, y tú cuentas con tu padre, Ginebra!—tronó el anciano con siniestra entonación.

Hubo una pausa desesperante que nadie se atrevía á interrumpir. Bartolomeo la cortó, balbuceando con voz de sollozos:

—¡Oh! quédate con nosotros, quédate cerca del pobre viejo. No sabré verte amante de otro hombre. Ginebra, no tendrás que esperar mucho tu libertad...

Pero, padre, piensa que no te dejaremos, que vamos á ser dos á amarte, que conocerás al hombre á quien debes confiarme. Te verás doblemente querido, por él y por mí; por él, que es, como si dijéramos, yo, y por mí, que soy como él mismo.

—¡Oh, Ginebra, Ginebra! ¿Por qué no te casaste—añadió el corso apretando los puños—cuando Napoleón me había acostumbrado á la idea de perderte y te ofrecía duques y condes?

—Me amaban obedeciendo órdenes expresas, y además no quería dejarte y ellos se me habrían llevado.

—No quieres dejarnos solos; pero casarte es lo mismo que aislarnos. Te conozco, hija mía: no nos amarás ya. Elisa—añadió dirigiéndose á su esposa que escuchaba inmóvil y con aire estúpido,—no tenemos ya hija: ¡quiere casarse!

Sentóse el viejo después de haber levantado las manos, como si quisiera invocar á Dios; después permaneció encorvado, rendido á la pesadumbre de su pena. Viendo la agitación angustiosa de su padre y la moderación de su furia, Ginebra sintió que el corazón se le partía. Esperaba la cri-

sis, con espasmos violentos de furor; no había armado su alma contra la dulzura paternal.

—Padre—dijo con voz conmovedora,—no te verás abandonado nunca por tu Ginebra. Pero ámala también un poco. ¡Si supieras cómo me adora *él!* ¡Ah, él no sabría apesadumbrarme!

—¡Hasta eso, hasta comparaciones!—gritó Piombo con acento terrible.—No, no puedo con esa idea. Si te amara como mereces me mataría su cariño, y si no te amara lo sería yo á puñaladas.

Las manos de Piombo temblaban, y temblaban sus labios, y temblaba su cuerpo, y de sus ojos salían chispas; sólo Ginebra podía sostener su mirada, pues entonces se incendiaban sus pupilas, y la hija era digna del padre.

—¡Oh, amarte! ¿Qué hombre hay en esta vida que lo merezca? Amarte como un padre ¿no es ya vivir en el paraíso? ¿quién será digno de ser tu esposo?

—El—dijo Ginebra,—él para quien yo me siento indigna.

—¿El?—repitió maquinalmente Piombo.—¿Quién, *él?*

—El que yo amo.

—Pero ¿puede conocerte aun lo suficiente para adorarte?

—Pero, padre—observó Ginebra empezando á dar muestras de impaciencia,—aunque no me quisiera, desde el momento en que yo le amo...

—¿Conque le amas?—Ginebra inclinó dulcemente la cabeza.—¿Le amas entonces más que á nosotros?

—No pueden compararse los dos sentimientos, que son distintos.

—Uno es más fuerte que el otro.

—Creo que sí.

—No te casarás con él.

La voz del corso era tal, que hizo retumbar los vidrios del salón.

—Me casaré con él—replicó tranquilamente Ginebra.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuró la madre—¿cómo acabará esta disputa? ¡Santa *Virginal!* interponeos entre ellos.

El barón, que se paseaba á grandes pasos, fué á sentarse; fría severidad anublaba, poniéndolo tétrico, su semblante; contempló fijamente á su hija y le dijo con acento mimoso y débil:

—No, Ginebra, tú no te casarás con él. ¡Oh! no me digas que sí esta noche... déjame creer lo contrario. ¿Quieres ver



á tu padre de rodillas y sus cabellos blancos humillados delante de tí? Voy á suplicarte...

—Ginebra Piombo no está acostumbrada á prometer y á no cumplir su palabra—respondió ella.—Soy tu hija.

—Tiene razón—dijo la baronesa,—nosotras hemos venido al mundo para casarnos.

—¿Es decir que aun la animas en su desobediencia?—observó el barón á su esposa, quien, herida por esta frase, pareció convertirse en estatua.

—No se desobedece al rebelarse contra una orden injusta—interrumpió Ginebra.

—No puede ser injusta cuando emana de los labios de tu padre, hija mía. ¿Con qué derecho me juzgas tú? ¿La repugnancia que me inspira ese enlace no es un consejo de lo alto? Yo te preservo quizás de un infortunio.

—La desventura sería que él no me amase.

—¡Siempre él!

—Sí, siempre. Es mi vida, mi bien, mi pensamiento. Aunque yo os obedeciera, no podría echarlo de mi corazón. ¿Prohibirme que me case con él no es lo mismo que obligarme á aborrecerte?

—¡Tú no nos amas ya!—balbuceó Piombo.

—¡Oh!—suspiró Ginebra moviendo la cabeza.

—Pues mira; olvídale, sénos fiel; después que nosotros... ¿tú comprendes?

—Padre mío, ¿quieres arrastrarme á desear vuestra muerte?

—¡Viviré yo mucho más tiempo que tú! Los hijos que no honran á sus padres acaban muy pronto—vociferó el viejo en el último grado de la desesperación.

—Motivo más para casarme sin pérdida de tiempo y ser feliz.

Esta sangre fría, este vigor en los razonamientos acabaron de turbar á Piombo; la sangre le subió con arrebató de ola á la cabeza y su rostro se llenó de púrpura. Tembló medrosamente Ginebra, abatióse como un pajarillo sobre las rodillas de su viejo, le rodeó con los brazos el cuello, le acarició los cabellos y sollozó enternecida:

—¡Oh, sí! ¡muera yo antes que todos; no te sobreviviré, padre mío, mi buen padre!

—¡Oh, mi Ginebra! ¡mi loca Ginebrina!—respondió Piombo, sintiendo que toda su cólera se fundía al recibir el hábito

de aquella caricia, como el hielo á influjo de los rayos del sol.

—Ya era tiempo de que acabaseis—saltó la baronesa conmovida.

—¡Pobre madre!

—¡Ah, Ginebretta, mi Ginebra bella!

Y el padre jugaba con su hija como se juega con un niño de seis años, divirtiéndose en deshacer las ondulantes trenzas de sus cabellos, en hacerla saltar; había algo de locura en la expresión de sus caricias. Su hija le riñó, abrazándole, y trató de obtener, entre burlas y veras, la entrada de su Luis en la casa; pero, bromeando también, el padre se negó; enfurruñóse ella, insistió, volvió á ponerse de hocicos; después, al fin de la velada se retiró contenta de haber grabado en el corazón de su padre el amor que por Luis sentía y la idea de un casamiento próximo. No habló al día siguiente de sus amores; fué al taller más tarde y volvió á casa más temprano; mostróse más cariñosa que nunca con su padre y dióle pruebas de gratitud como queriéndole pagar el consentimiento con que tácitamente parecía aplaudir, callando, su voluntad de contraer matrimonio. Por la noche ejecutaba algunas piezas al piano, diciendo con frecuencia: «No vendría mal una voz varonil para completar este nocturno». Era italiana, y con eso queda todo dicho. Al cabo de los ocho días, su madre le hizo un signo de inteligencia, y en cuanto acudió, al oído y en voz baja, hablóle:

—He logrado que tu padre le reciba.

—¡Oh, madre mía, cuán dichosa soy!

Y en efecto, tuvo aquel mismo día la fortuna de entrar en el hotel de su padre dando el brazo á Luis. Era la segunda vez que el pobre oficial abandonaba su guarida. Ginebra solicitó activamente la gracia al duque de Feltre, ministro entonces de la guerra, y el éxito fué completo. El proscrito fué incluido en la escala de los oficiales disponibles, dando con esto un gran paso para las facilidades de su carrera. Advertido por su amiga de cuantas dificultades debía vencer cerca del barón, no se atrevía á confesar su temor de no salir airoso en la empresa dando con el medio de agradarle. Era valeroso contra el infortunio y bravo en el campo de batalla, pero temblaba al entrar en los salones de los Piombo; como le sintiera Ginebra estremecerse, tuvo la emoción de su amante, que provenía de su propia ventura, por nueva prueba amorosa.



—¡Qué pálido estás!—dijole deteniéndose á la puerta del hotel.

—¡Oh, Ginebra, si no se tratase más que de mi vida!

Bartolomeo no se movió del sillón en que acostumbraba á sentarse, por más que su mujer le había anunciado la llegada de los novios. Su frente permaneció severa y sin inmudarse.

—Padre—dijo Ginebra,—te presento á una persona que te será grato conocer: el caballero Luis es un soldado que estuvo combatiendo á cuatro pasos del emperador en Monte San Juan...

Levantóse el barón de Piombo, miró con curiosa y furitiva mirada á Luis y le preguntó con sardónico acento:

—¿No está condecorado?

—Ya no llevo la Legión de honor—repuso tímidamente Luis, que continuaba en actitud humilde, de pie.

Molestada Ginebra por la descortesía de su padre, ofreció una silla á su novio. La respuesta del oficial satisfizo al devoto servidor de Napoleón, y notando la señora Piombo que las cejas de su marido recobraban su estado normal, aventuró para reanimar el coloquio:

—Es admirable el parecido del señor con Nina Porta. ¿No te parece que tiene la misma fisonomía que los Porta?

—Nada más sencillo—replicó el joven en quien se fijaron los ojos relucientes de Piombo.—Nina era mi hermana...

—¿Eres tú Luigi Porta?—preguntó el viejo.

—Sí.

Irguióse Bartolomeo di Piombo, tambaleóse, se vió precisado á buscar apoyo en una silla, y contempló á su esposa. Acercósele Elisa, y después los dos viejos, cogidos del brazo, salieron silenciosamente de la estancia, abandonando á su hija como horrorizados. Luigi miró á Ginebra estupefacto, y la infeliz muchacha se volvió tan blanca como una estatua de mármol, deteniendo la mirada en la puerta por donde sus padres habían desaparecido: había en el silencio y en la retirada de aquéllos tanta solemnidad, que por primera vez acaso invadió su alma el miedo. Juntó las manos desesperadamente y dijo, con la voz tan turbada, que era imposible que la oyese otro que un enamorado:

—¡Cuánta desventura se encierra en una palabra!

—¡Oh, explícame, en nombre de nuestro amor, qué he dicho!—inquirió Luigi.

—Mi padre no me había hablado nunca de nuestra deplorable historia, y yo era muy niña cuando abandoné la Córdoba, para conocerla.

—¿Estaremos en *vendetta*?—Y Luis temblaba.

—Sí. Por mi madre he sabido que los Porta mataron á mis hermanos, reduciendo á cenizas nuestro hogar. Mi padre asesiné á toda tu familia. ¿Cómo has sobrevivido, cuando él creía haberte atado á los pies de una cama antes de incendiar el edificio?

—No lo sé. A los seis años se me llevó á Génova, dejándome en casa de un anciano llamado Colonna. Ningún por menor se me facilitó respecto de mi familia. No sabía yo más sino que era huérfano y pobre. Colonna me sirvió de padre, y su nombre llevé hasta que fui al servicio. Como necesitaba documentos para identificar mi personalidad, Colonna me declaró que, débil y casi una criatura aún, tenía que guardarme de mis enemigos. Recomendóme que sólo usara del nombre de Luigi para librarme de su persecución.

—Véte, véte, Luis; aunque no, no; debo yo acompañarte. Nada puedes temer mientras te halles en casa de mi padre; pero en cuanto salgas, anda prevenido: correrás de peligro en peligro. Tiene mi padre dos corsos á su servicio, y si él no intenta amenazar tu existencia, ellos lo harán.

—Ginebra, ¿se levantará ese odio entre nosotros?

Sonrió ella tristemente y humilló los ojos. Luego los levantó majestuosamente y se expresó así:

—¡Oh, Luigi! Es necesario que nuestros sentimientos sean muy sinceros y muy puros para que no me falten ánimos en el camino que voy á seguir. Se trata de la dicha que debe ser duradera por toda nuestra vida, ¿verdad?

Luis sólo contestó sonriendo y estrechándole la mano. Comprendió ella que únicamente el amor verdadero se permitiría desdeñar en momento tan solemne las protestas vulgares. La expresión tranquila y concienzuda de los sentimientos de Luigi anunciaba en cierta manera su ímpetu y su intensidad. Decidióse en aquel punto el destino de los dos esposos. Clara era la lucha cruel que tendrían que sostener; pero la idea de abandonar á Luis, idea que acaso había flotado en su espíritu, se borró completamente. «Suya para siempre». Sacóle resolutamente y con energía brusca del hotel, y no le dejó sino cuando le vió acomodado en la casa donde Servin le alquilaba una habitación modesta. De



regreso, llevaba ya en su ser la serenidad que presta una resolución decidida y animosa: ninguna alteración en sus modales que acusase inquietud. Fijó en sus padres, á quienes encontró á punto de sentarse á la mesa, una mirada desprovista de osadía y llena de dulzura. Notó que su madre había llorado, y el tinte rojo de sus párpados abatidos inmóvil al pronto, pero ocultó su emoción. Piombo parecía amenazado de una pesadumbre sin límites, concentrada en demasía, para que la pudiera manifestar con manifestaciones comunes. Sirvióseles la comida, sin que nadie probase bocado. La repugnancia á comer es uno de los síntomas que anuncian las grandes crisis del alma. Los tres se levantaron sin dirigirse la palabra. Cuando se vió Ginebra entre los viejos en el gran salón sombrío é imponente, quiso hablar Piombo, pero le faltó la voz; quiso andar y no le ayudaron las fuerzas; volvió á sentarse y llamó.

—Pietro—dijo al criado,—enciende fuego, tengo frío.

Tembló Ginebra mirando á su padre con ansiedad. El combate que sostenía en su interior debía ser terrible; su cara estaba demudada. Conocía la extensión del peligro, pero no le asustaba, en tanto que Bartolomeo miraba al solayo á su hija como si temiese la violencia de su propio carácter. Todo tenía que ser extremo entre ambos. Así es que, cierta del cambio que podía operarse en los sentimientos de padre é hija, descubría en su semblante la baronesa no sé qué temor.

—Ginebra, amas al enemigo de tu familia—saltó al fin Piombo, pero sin atreverse á mirar á su hija.

—Es verdad—respondió.

—Es preciso escoger entre él y nosotros. Nuestra *vendetta* forme parte de nosotros mismos. Quien no abraza mi venganza no pertenece á mi familia.

—Está ya hecha mi elección—replicó Ginebra con voz tranquila.

Esta indiferencia engañó á Bartolomeo.

—¡Querida hija mía!—exclamó el viejo, humedeciéndosele los párpados de lágrimas, las primeras y las únicas que derramó en su vida.

—Seré su esposa—dijo bruscamente Ginebra.

Bartolomeo sufrió como un vértigo; pero, recobrando su sangre fría, replicó:

—Ese casamiento no se efectuará mientras yo aliente; no

lo consentiré nunca.—Ginebra guardó silencio.—Pero ¿no piensas—añadió el barón—que Luigi es hijo del que mató á tus hermanos?

—Tenía seis años cuando se cometió el crimen; debe ser inocente.

—¡Un Porta!

—Pero ¿he podido yo alimentar ese odio? ¿Me has educado por ventura en la creencia de que los Porta eran monstruos? ¿Podía sospechar que quedase uno más de los que tú habías matado? ¿No es natural que sacrifiques tu *vendetta* á mis afectos?

—¡Un Porta!—repitió Piombo.—Si su padre te hubiera encontrado entonces en la cama, no vivirías ahora; te habría dado cien veces muerte.

—Puede que sí; pero su hijo me ha dado más que la vida. Ver á Luigi constituye para mí una felicidad sin la cual no podría vivir. Luigi me ha iniciado en el mundo del sentimiento. Habré visto figuras más bellas que la suya, pero ninguna me ha cautivado tanto; habré oído acentos... no, no, nunca tan melódicos como el suyo. Luigi me ama, será mi marido.

—Jamás. Preferiré verte en el ataúd, Ginebra.—Levantóse el viejo y recorrió á grandes pasos el salón, dejando escapar estas palabras, entre pausa y pausa, que probaban el trastorno de su espíritu:—¿Crees poder doblar mi voluntad? Desengáñate; no quiero que un Porta sea mi yerno. Tal es mi sentencia. Que no se trate ya más de eso entre nosotros. Soy Bartolomeo di Piombo, ¿oyes, Ginebra?

—¿Das algún sentido misterioso á estas palabras?—preguntó ella fríamente.

—Significan que tengo un puñal, y que no temo la justicia de los hombres. Los corsos vamos á arreglar nuestras cuentas con Dios.

—Pues bien—dijo la muchacha levantándose;—yo soy Ginebra di Piombo, y declaro que antes de seis meses seré la mujer de Luigi Porta. Eres un tirano, padre mío—añadió después de una pausa espantable.

Bartolomeo cerró los puños y los descargó sobre el mármol de la chimenea. En seguida, murmurando, dijo:

—¡Ah, estamos en París!

Callóse, cruzóse de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y no pronunció ya una sola palabra durante toda la noche.



Expuesta firmemente su voluntad, la joven dió pruebas de poseer una sangre fría inverosímil; sentóse al piano, cantó y tocó trozos escogidos con tal gracia y tal sentimiento, que bien se descubría la serenidad de su espíritu, triunfando en este punto de su padre cuya frente continuaba ceñuda. Pero el anciano tomó semejantes demostraciones á injuria, siendo así que no hacía más que recoger el fruto de la educación dada á su hija. Es el respeto barrera que ampara y protege tanto á los padres como á los hijos, evitádoles, á unos sabores y amarguras, y á otros remordimientos. Al día siguiente, como de costumbre, trató Ginebra de ir al taller, pero prohibiéronle la salida en la puerta; eso no fué obstáculo para que pudiera dar noticia á Luigi Porta del extremo á que llegaba el rigor paternal. La doncella, que no sabía leer, se encargó de llevar la carta, y la correspondencia entre ambos amantes siguió, gracias á la astucia, siempre pródiga en recursos á los veinte años. Era raro que padre é hija se dirigieran la palabra. Estaba en el fondo de su corazón latente el odio, y sufrían, pero con orgullosa indiferencia; reconociendo con cuánto imperio les unía el cariño, trataban de romper todos sus lazos, sin que lo pudieran conseguir. Ningún dulce pensamiento desarrugaba, como en otras ocasiones, el ceño de Bartolomeo cuando dirigía los ojos á su Ginebra, y si miraba ella á su padre tenía no sé qué expresión feroz su cara y en la frente inocente leíase el reproche mudo, continuo; asaltábanle á menudo risueñas imaginaciones, pero también le turbaba de cuando en cuando con su soplo el remordimiento. Véase claro que no gozaría tranquilamente de la ventura soñada y que era á la vez origen de infelicidad para sus padres. Venciera de todo desafecto la bondad privativa en las almas de Piombo y de su hija si no se estrellaran sus inclinaciones ante la soberbia y el rencor que distingue á los corsos. Cobraban alientos de su propia rabia, cerrando los ojos al porvenir, y creyendo quizás que era el único medio para que uno humillase al otro.

Trató la madre, á quien exasperaba esta desunión que se iba agravando, de reconciliarlos el día del cumpleaños de Ginebra, haciendo por sacar partido de los recuerdos que despierta un aniversario de esta índole; hallábanse los tres en el gabinete de Bartolomeo; Ginebra descubrió el propósito de la que le había dado el ser, leyó en su frente la vacilación que alteraba su espíritu, y sonrió con triste sonrisa.

En esto estaban cuando anunció un criado á dos notarios; entraron acompañados de varios testigos, y Bartolomeo miró con fijeza á todos aquellos hombres, cuyas figuras graves y frías mortificaban á espíritus tan apasionados como lo eran los tres actores principales de esta escena. Volvióse inquieto el anciano á su hija y la sonrisa de triunfo que vagaba en sus labios hizole presagiar la catástrofe; pero procuró, á la manera de los salvajes, simular cierta inmovilidad dulce, mirando á los notarios curiosamente, en actitud calmosa. Con el gesto les invitó á sentarse.

—¿Este caballero es, sin duda, el barón de Piombo?— preguntó el más viejo.

Bartolomeo se inclinó. El notario correspondió con un ligero movimiento de cabeza y miró á Ginebra con la cazurra malicia de un agente comercial que sorprende á un deudor; sacó su petaca, desenfundóla, púsose á aspirar lentamente un polvillo, buscando las primeras frases de su discurso, y las pronunció al fin haciendo muchas pausas (recurso oratorio de que este guión—dará idea, aunque imperfecta, en lo que sigue).

—Caballero (dijo), soy el señor Roguín, notario de su hija, y venimos—mi colega y yo—para cumplir lo que dispone la ley y—acabar con las diferencias que—según parece—han surgido—entre usted y la señorita—á propósito—de—su—casamiento con el señor Luigi Porta.

Pedantesca fué la perorata, pero pareció, probablemente, demasiado bella á Roguín para que sus oyentes la tragasen de golpe, y se detuvo mirando á Bartolomeo con cierta expresión particular á los agentes de negocios, los cuales aciertan en sus tratos con el término medio posible entre la familiaridad y el servilismo. Acostumbrados á fingir celo é interés para los asuntos de las personas con quienes hablan, concluyen siempre los notarios por llevar en el rostro una mueca que cambian tan fácilmente como se ponen y quitan la toga. Tal máscara de benevolencia, cuyo mecanismo es fácil descubrir, irritó de tal modo á Bartolomeo, que hubo de moderarse mucho para no echar por la ventana á Roguín; contrajo la ira sus facciones, y observado el cambio de fisonomía por el notario, se dijo interiormente: «Empiezo á producir efecto».

—Pero es el caso (añadió con acento meloso), es el caso, señor barón, que nuestro ministerio empieza siempre en estas ocasiones por ser conciliador.—Tenga la bondad, pues,



de escucharme.—Es evidente que la señorita Ginebra Piombo—entra hoy mismo—en la edad necesaria para que pueda, recurriendo á un acto legal, contraer sin más preambulos matrimonio—y prescindir del consentimiento de sus padres. Eso supuesto,—acostumbran las familias—que gozan de algún prestigio—que figuran en sociedad que conservan su rango—y á quienes importa, en fin, que no trasciendan al público sus rencillas—y que no quieren perjudicarse á sí mismas amargando con su reprobación la dicha de los recién casados —(porque es perjudicarse á sí mismos eso)—es costumbre, digo—entre esas familias respetables—no dar pie á estos formalismos de la ley—que quedan, que—son monumentos de una división—que acaba por desaparecer. Desde el punto, caballero, en que una joven recurre á estos medios anuncia que su voluntad es demasiado decidida para que un padre y—una madre (añadió volviéndose hacia la baronesa) puedan esperar que atienda sus consejos.—Siendo la resistencia paternal nula—por este hecho—desde luego,—pues está apoyado por la ley, es corriente que todo hombre cauto, después de amonestar por última vez á su hija, la deje libre para...

Se detuvo el señor Roguín, notando que podía seguir hablando horas enteras, sin obtener respuesta alguna, y quedó conmovido fijándose en el hombre á quien trataba de convencer; habíase operado un cambio horroroso en el semblante de Bartolomeo; tan encogidas estaban las arrugas, que le daban un aire de ferocidad difícil de describir, y podía compararse su mirada á la del tigre. La baronesa permanecía impassible, muda. Ginebra, resuelta, tranquila, esperaba el final, persuadida de que era la voz del notario más poderosa que la suya, por lo que había decidido guardar silencio. Cuando se calló Roguín, la escena fué tan imponente, que todos los testigos temblaron: jamás antes de entonces se vieron anonadados por tan sombría quietud. Los notarios cruzaron una mirada de inteligencia y se retiraron hacia la ventana para deliberar.

—¿Has encontrado algún cliente que se parezca á estos personajes?—preguntó Roguín.

—Nada se puede sacar en limpio—respondió el más joven.—Yo que tú me limitarías á leer el acta. No me parece muy divertido el viejo; está colérico y nada ganarás queriendo discutir con él...

Roguín leyó el documento extendido en papel sellado con anticipación, y dijo fríamente á Bartolomeo que diese respuesta.

—¿Luego hay en Francia leyes que destruyen el poder paternal?—preguntó el corso.

—Señor... —insinuó Roguín con zalamería.

—¿Que arrancan á una hija de los brazos de su padre?

—Señor...

—¿Que privan á un viejo de su último consuelo?

—Señor, su hija de usted no le pertenece, sino...

—¿Que le matan?

—¡Señor, permítame...!

Nada hay más horrible que la sangre fría y los razonamientos secos de un notario en las escenas pasionales donde suelen figurar. Parecía á Piombo que todas aquellas caras acababan de salir del infierno; su ira reconcentrada se desbordó cuando la voz calmosa y casi aflautada de su menguado antagonista hubo de pronunciar aquel *¡permítame!* Cayó sobre un largo puñal que pendía de un clavo encima de la chimenea, y se abalanzó, empuñando el arma, sobre su hija. Interpusieronse el notario joven y uno de los testigos, pero Bartolomeo los rechazó brutalmente, la cara encendida y los ojos reluciendo con más terrible fulgor que la hoja del cuchillo. Ginebra miró á su padre fijamente, y era gesto de triunfo el suyo, adelantóse con pausa hacia él y se postró de hinojos.

—¡No, no! no sabría—vociferó Piombo, arrojando con tanta furia el puñal, que fué á clavarse en el pavimento.

—Sea usted compasivo—rezó la niña.—Vacila usted en matarme y se opone á que viva. ¡Padre mío, nunca le he amado tanto! Entrégueme usted mi Luigi. Pido de rodillas el consentimiento: la hija puede humillarse al padre: mi Luigi, ó moriré.

La emoción la sofocaba y le impidió continuar; quedaba sin voz y sin aliento y sus ademanes convulsivos revelaban á las claras que era aquella crisis de muerte ó vida para ella. Bartolomeo la rechazó con dureza.

—Cállate—dijo.—La Luigi Porta no sabrá ser una Piombo. Ya no tengo hija. Me faltan fuerzas para maldecirte, pero te abandono; tu padre ha concluido para ti.—Y añadió con voz grave, apretándose fuertemente el corazón:—Aquí está enterrada mi Ginebra Piombo. Sal y no te presentes nunca á mi vista.



Después cogió, sin decir palabra, del brazo á Ginebra y la plantó fuera de la casa.

—Luigi—entró diciendo la expulsada en el modesto albergue del oficial,—mi Luigi, no tenemos más fortuna que la de nuestro amor.

—Pues somos más ricos que todos los reyes de la tierra—respondió el mancebo.

—Mis padres me han abandonado—añadió Ginebra con acento de profunda melancolía.

—Yo te amaré por ellos y por mí.

—¿Vamos á ser muy felices, pues?—añadió ella con cierta alegría que encerraba algo de espantoso.

—Para siempre.—Y la estrechó contra su corazón.

Al día siguiente de haber salido del hogar paterno, fué á suplicar á la señora Servín que le concediese asilo y protección hasta la época fijada por la ley para su casamiento con Luigi Porta. Entonces comenzó para ella el aprendizaje doroso con que la sociedad condena á los que se rebelan contra sus convencionalismos. Muy enojada por el daño que la aventura de Ginebra ocasionara á su marido, la señora Servín recibió firmemente á la fugitiva, y le advirtió con palabras corteses y circunspectas que no debía contar con su apoyo. Admiróse de aquel egoísmo que no comprendía su corazón, pero el orgullo no le permitió insistir, y fué á albergarse en un cuarto amueblado, lo más cerca posible de su Luigi. El hijo de los Porta iba á verla todos los días; su ardiente cariño y la pureza de sus palabras consiguieron disipar las nubes que el rigor paternal amontonó sobre la cabeza de la hija rechazada, y supo pintarle lo porvenir tan bello, que ya por último sonreía su boca.

Una mañana entró la criada del hotel con varias cajas que contenían telas, ropa blanca y una porción de objetos precisos para toda joven que prepara su ajuar. Reconoció en tal envío la previsorá bondad de una madre, pues entre todos los regalos venía una bolsa donde la baronesa encerró el dinero que pertenecía á su hija, unido al fruto de sus economías. Acompañaba una carta en que le conjuraba á abandonar su funesto propósito, si era tiempo de ello aún. Añadía que sólo á vueltas de precauciones extraordinarias pudo enviarle aquellos pobres socorros, y le suplicaba que no la acusase de dureza, si en lo sucesivo la abandonaba á su suerte; temía no poder seguir favoreciéndola, y la bende-

cia, deseando que fuese muy dichosa en el matrimonio, si persistía en consumir aquel enlace fatal. Asegurábale que no pensaba más que en su hija querida. En este pasaje habían borrado las lágrimas algunas palabras del escrito.

«¡Madre mía!» murmuró Ginebra tiernamente. Sintió un violento deseo de arrojarle á sus pies, de verla, de aspirar la atmósfera suave de la casa paterna; y estaba á punto de decidirse, cuando se presentó Luigi. Al verle, su enternecimiento filial desvaneciéndose de modo, que secas ya sus lágrimas, no tuvo ánimo para abandonar á aquel pobre muchacho tan desgraciado, tan amante y tan rendido. Ser la única esperanza de una noble criatura, amarla y abandonarla... ese sacrificio no lo hacen las almas tiernas en la juventud. Ginebra, arrastrada por su generosidad, sepultó su dolor en lo más profundo de su pecho.

Por fin llegó el día del matrimonio. Ginebra se encontró un momento sola, porque Luigi, aprovechando que hubiese ido á vestirse, corrió en busca de los testigos que debían firmar el acta correspondiente. Eran los tales buenos sujetos. Uno, albéitar en otro tiempo del cuartel de húsares, había contraído con Luis, perteneciendo ambos al ejército, esas obligaciones que no se borran jamás en el corazón de los hombres honrados; ahora se hallaba al frente de una cochería y contaba con algunos carruajes. El otro, contratista de obras, era el propietario de la casa donde vivirían marido y mujer. Cada uno de ellos buscó á un amigo, y los cuatro se trasladaron á casa de la novia. Poco duchos en eso de las conveniencias sociales, pareciéndoles sin importancia el favor que hacían á Luigi, se habían vestido todos con sus ropas limpias, pero sin etiqueta. Nadie hubiera sospechado, viéndoles, que pasaba la alegre comitiva de una boda. El tocado de Ginebra era también sencillo, humilde, en consonancia con su posición: es verdad que en su belleza había un sello noble é imponente, y resaltaba ahora tanto, que la palabra expiró en la boca de los testigos cuando éstos la quisieron cumplimentar; saludáronla con respeto, y ella se inclinó; después la contemplaron silenciosamente sin atreverse á hacer otra cosa que admirarla. Reinó, pues, cierta reserva fría entre todos; pues no puede ser trato jovial el de las personas que no viven en la misma esfera. Así, la casualidad quiso que fuese sombría y grave la ceremonia, sin que ningún destello de felicidad brillara á su alrededor. La iglesia y la alcaldía



no estaban lejos, y los dos corsos, con los cuatro testigos que exige la ley, fueron á pie, con tanta modestia, que no vistió aparato alguno la grandiosa escena de la vida social. En el patio de las casas consistoriales vieron numerosos carruajes que daban fe de que otros habían ido con brillante acompañamiento, y arriba á muchos casados, que señalaban aquel día con piedra blanca y que aguardaban con sobrada impaciencia al alcalde del distrito. Ginebra tomó asiento junto á Luis en el extremo de un gran banco, y sus testigos quedaron de pie. Dos desposadas, lujosamente vestidas de blanco, llenas de cintas, de encajes, de perlas y con la imprescindible corona de flores de azahar, cuyos capullos de raso temblaban bajo el velo, veíanse en torno de sus familias, risueñas, y al lado de sus madres á quienes contemplaban con aire de satisfacción y á la vez tímido; en todas las pupilas irradiaba la ventura, y el aspecto de los semblantes era tal, que bien se leían en ellos las más dulces bendiciones. Los padres y los testigos y los hermanos y las hermanas pululaban como un enjambre que juega en un rayo de sol que está á punto de desaparecer. No había quien no apreciara el valor de aquel momento fugitivo de la vida en que el corazón fluctúa entre dos esperanzas: los recuerdos del pasado, las promesas de lo porvenir. Aquel cuadro oprimió el pecho á Ginebra, obligándole á estrechar el brazo de Luigi, que la animó con su mirada. Una lágrima brilló en los párpados del corso: jamás comprendió como entonces todo lo que su Ginebra le sacrificaba; pero también aquella lágrima preciosa hizo olvidar á la joven el abandono en que se veía. El no se vieron más que á sí mismos en medio del tumulto: estaban allí solos, entre la multitud, como debían estarlo en la vida. Sus testigos, indiferentes á la ceremonia, hablaban con toda tranquilidad de sus asuntos.

—La avena es muy cara—decía el albáñil al albañil.

Y éste repuso:

—A proporción, no tanto como el yeso.

Dieron una vuelta por la sala.

—¡Cuánto tiempo se pierde aquí!—añadió el contratista volviendo á meterse en el bolsillo un grueso reloj de plata.

Juntos, apretados uno contra otro, Luigi y Ginebra parecían no ser más que una misma persona. De cierto, cualquier poeta habría tenido que admirar aquellas dos cabezas

unidas por el mismo sentimiento, igualmente coloreadas, melancólicas y mudas, en presencia de los dos cortejos nupciales que murmulleaban, delante de las cuatro familias fastuosas, con sus diamantes y sus flores, y cuya alegría tenía no sé qué de efímero y fugaz. Cuanto estos dos grupos brillantes y espléndidos mostraban su goce exterior, Luigi y Ginebra lo encerraban en lo más íntimo de su ser. En un lado el rudo alboroto del placer; en el otro el delicado silencio de las almas alegres: la tierra y el cielo. Supersticiosa como buena italiana, le pareció ver no sé qué presagio en tal contraste, y sintió en su corazón una sensación de espanto tan invencible como su enamoramiento. De pronto abrió una puerta de dos hojas el empleado del registro, que ostentaba librea municipal, se restableció el silencio, y su voz resonó como un aullido, llamando al señor Luigi da Porta y á la señorita Ginebra di Piombo. Esta escena turbó un poco á los novios. La celebridad del nombre de Piombo atrajo la atención de los espectadores, quienes examinaron á una novia que debía presentarse suntuosamente. Levantóse Ginebra, y sus miradas, encendidas con los fulgores del orgullo, impusieron á todos los presentes; dió el brazo á Luigi y se adelantó con paso firme, seguida de sus testigos. Un murmullo de admiración, que fué agrandándose, un cuchicheo general, recordaron á Ginebra que la sociedad le pedía cuentas por la ausencia de sus padres: la maldición paterna parecía seguirle.

—Espere usted á las familias—dijo el alcalde al empleado que leía con toda rapidez las actas.

—El padre y la madre protestan—repuso con flemma el secretario.

—¿Por parte de ambos contrayentes?

—El esposo es huérfano.

—¿Dónde estan los testigos?

—Aquí—y el secretario indicó á los cuatro hombres inmóviles y mudos, quienes, cruzados de brazos, parecían estatuas.

—¿Pero habiendo protesta...?

—Las actas están legalmente extendidas—replicó, levantándose, el del registro para entregar al funcionario público los documentos anejos al acta del matrimonio.

Tuvo este coloquio burocrático algo de molesto; en pocas palabras contenía toda una historia. El odio de los Por-



ta y de los Piombo, el resumen de las pasiones más terribles quedaron inscritos en una página del registro civil como se inscriben sobre la piedra de una tumba los anales de un pueblo, y á menudo con una palabra: Robespierre ó Napoleón. Ginebra tembló. Semejante á la paloma que, atravesando de un vuelo los mares, no tenía más que el arco donde posarse, le era imposible á ella refugiar su mirada en otro punto que en los ojos de Luis, pues todo era triste y frío en torno de ella. El continente del alcalde daba en severo, y su secretario miraba á los dos novios con curiosidad malévolá. Nada menos parecido á una fiesta que el acto aquel. Como ocurre con todo lo de la vida humana, si está desposeído de signos accesorios, consumóse allí un hecho sencillo en cuanto al mismo hecho se refiere, inmenso por el pensamiento. Después de algunas preguntas á que contestaron los esposos, refunfuñadas algunas palabras por el alcalde y puestas las firmas sobre el libro del registro, quedaron unidos Luigi y Ginebra. Y los dos corsos, cuya alianza de amor respiraba tanta poesía como la que puso el genio en la historia de Romeo y Julieta, atravesaron dos filas de parientes gozosos, á que eran extraños, y los cuales se empezaban á impacientiar por el retraso que les ocasionaba este casamiento tan triste. Viéndose en el patio, á la luz del cielo, escapóse del pecho de Ginebra un suspiro.

—¡Oh! ¿bastará toda una vida de desvelos y de cariño para recompensar el valor y la ternura de mi Ginebra?—le dijo él.

La novia olvidó todas sus penas al oír estas palabras, pues había sufrido viéndose obligada á pedir al mundo una dicha que le negaban los suyos.

—¿Por qué se mezclan los hombres entre nosotros?—preguntó con ingenuidad que encantó á Luigi.

La alegría de vivir hizo andar tan ligeros á los esposos, que bien puede decirse que sin ver nada de lo que había á su alrededor: cielo ni tierra; volaron, como si tuviesen alas, hacia la iglesia. En obscura capilla, ante un altar humilde, celebró un cura viejo su matrimonio. También allí, como en la alcaldía, viéronse las mismas bodas, que parecían perseguirles para que envidiasen el esplendor con que se celebraban. Resonaba en la iglesia, llena de amigos y parientes, el alboroto que producían el llegar de las carrozas fuera, y dentro el ir y venir de pertigueros, sacristanes y monagos,

y sacerdotes. Brillaban los altares con toda la riqueza del rito, y los ramos de azahar que adornaban las imágenes de la Virgen parecían recién puestos. No se sentían más que perfumes; no se veían más que flores, cirios brillantes, almohadillas de terciopelo bordadas en oro: dírase que Dios era cómplice de aquella felicidad gozada durante un día. Cuando fué preciso colocar sobre las cabezas de Luigi y de Ginebra el símbolo de unión perenne, simbolizando el raso blanco el yugo, suave, espléndido, ligero para unos, y pesado como el plomo para los más, buscó inútilmente el cura á los jóvenes que acostumbran á desempeñar este papel; tuvieron que reemplazarle dos de los testigos. El sacerdote pronunció con grandes prisas su plática, advirtiendo á los esposos los peligros de la vida y conminándoles acerca de las obligaciones que inculcarían á sus hijos; y aprovechó la ocasión para censurar indirectamente la ausencia de los padres de Ginebra. Luego, habiéndoles unido ante Dios, como el alcalde ante la ley, concluyó su misa y los dejó.

—¡Dios les bendiga!—dijo Vergniaud al albañil en los pórticos de la iglesia.—No he visto otras dos criaturas más en armonía; son uno para otro. Los padres de esta muchacha no están cabales. No conozco soldado tan valiente como el coronel Luis. Si todos hubiesen imitado su ejemplo, el otro reinaría aún.

La bendición del militar, única que aquel día recibieron, cayó como un rocío en el corazón de Ginebra.

Separáronse, estrechándose la mano, y Luigi dió cordialmente las gracias á su propietario.

—¡Adiós, valiente!—dijo Luis al albéitar—te agradezco el favor.

—Siempre á sus órdenes, mi coronel. Alma, cuerpo, caballos y carruajes, están á su disposición.

—¡Cómo te quiere!—dijo Ginebra.

Luis arrastró apresuradamente á su esposa hacia la casa que debían habitar, y no tardaron en hallarse solos; cuando la puerta quedó cerrada, Luigi estrechó á su compañera en los brazos, diciéndola:

—¡Oh, Ginebra mía! Puesto que ya me perteneces, aquí celebraremos la verdadera fiesta. Todo nos sonreirá aquí.

Examinaron juntos las tres piezas que formaban parte de la habitación. Servía la de entrada para sala de recibir y



comedor; á la derecha hallábase la alcoba y á la izquierda un hermoso gabinete, que hizo él arreglar para su adorada, donde ésta encontró sus caballetes, su caja de colores, sus yesos, sus modelos, sus maniqués, sus telas, sus carteras, todo lo que ha menester un artista.

—Luego yo trabajaré aquí—exclamó con alegría infantil.

Y estuvo mirando detenidamente las colgadas, los muebles, volviéndose siempre á su Luis para repetirle las pruebas de su agradecimiento, pues se notaba hasta cierto punto no sé qué esplendorosa magnificencia en este retiro amoroso: en una biblioteca se hallaban encerrados los libros favoritos de Ginebra y al fondo un piano. Sentóse sobre un diván, atrajo hacia sí á Luis y estrechóle afectuosamente.

—Tienes buen gusto—le dijo con voz cariñosa, acariciándole.

—Tus palabras me hacen muy dichoso—contestó él.

—Acabemos de verlo todo—preguntó Ginebra, á quien Luigi no había dicho hasta entonces palabra alguna del arreglo de su nido.

Y entraron en la cámara nupcial, fresca y blanca como una virgen.

Riendo, murmuró Luis:

—¡Oh, salgamos!

—No, que quiero verlo todo.

Y la exigente niña miró todo el mueblaje, con la escrupulosidad curiosa del anticuario que examina un medallón; pasó su mano por la sedería, y demostró en su examen el contento natural, sin reservas, de la recién casada que va desenvolviendo los tesoros de su canastilla.

—Empezamos bien, arruinándonos—observó entre risueña y pesarosa.

—Es verdad; he empleado en esas compras todos los atrasos que me debían del sueldo—respondió Luigi.—Los he vendido á un buen hombre llamado Gigonnet.

—Y ¿por qué?—replicó ella en tono tal, que, siendo de reproche, descubría la satisfacción íntima que le embargaba.

—¿Te parece que habría sido menos dichosa, cobijándome bajo un techo cualquiera? Pero, la verdad, todo esto es muy lindo, y nos pertenece.

Luigi la contemplaba con tanto ardor, que bajó la pobre niña los ojos ruborosa, y murmurando:

—Vamos á ver lo que falta.

En el piso superior había un cuarto para él, la cocina y la habitación de la criada. Complacióle á Ginebra su limitado dominio, aunque la vista tropezase con las altas paredes de la casa fronteriza, y el patio, por donde penetraba la luz, fuera sombrío. Tenían el corazón tan alegre, y era tan bella su esperanza en lo porvenir, que todo se les presentó risueño en su misterioso retiro. Se hallaban en él como perdidos para la inmensidad de París, como dos perlas encerradas en su concha de nácar allá entre los profundos abismos del mar: lo que otros tomarán por prisión, aceptábanlo ellos como paraíso.

Entregáronse, los primeros días de aquella existencia, por completo al amor. Difícil cosa fué para sus espíritus consagrarse á las labores ordinarias, y no supieron resistir al encanto de quererse. Horas enteras permanecía Luis reclinado perezosamente en el regazo de su mujer, admirando el color de sus cabellos, el perfil de su cara, el deslumbrante óvalo de sus ojos y los dos arcos bajo los cuales se agitaban dulcemente, revelando la inmensa ventura de su pasión satisfecha. Ginebra acariciaba la cabeza de su Luigi, sin saciarse nunca, contemplándolo, de adorar, según una de sus expresiones, la *beltà folgorante* de aquel joven y la delicadeza de sus rasgos; atraíale siempre la distinción de sus modales, como á él le atraía la gracia de los suyos. Jugaban, como los niños, con cualquier cosa, y de las naderías daban en los extremos de su pasión, no cansándose de sus divertidos enredos sino para dar en la vaguedad soñadora y dulce del *far niente*. Cualquier canción de Ginebra variaba los motivos de su apasionamiento, arrastrádoles otra vez á sus caricias juguetonas. Más tarde, llevando á compás su paso, como llevaban su alma amorosa, recorrían los campos, tropezando siempre con su cariño que parecía grabado en las flores, en las líneas del cielo, hasta en lo más lejano de aquellas tintas rojas del sol poniente que inflamaban el horizonte; ¿qué más? los nubarrones espesos que se entrechocaban caprichosamente en la atmósfera parecían participar de su ventura. Ningún día resultaba para ellos como el anterior, y su cariño crecía, crecía, sin duda porque era verdadero. Puestas sus almas á prueba en pocas horas, comprendieron instintivamente que su grandeza inagotable les prometía infinitos goces para lo porvenir. Albergábase en ellas el amor ingenuo, con sus interminables coloquios, sus medias frases



sublimes, sus expresivos y prolongados silencios, su reposo oriental y sus arrebatos. Comprendían lo que encerraba el amor. ¿No es el amor comparable á la mar que, vista superficialmente ó á la ligera, parece monótona á las almas vulgares, y, sin embargo, los seres privilegiados pueden consagrar toda su existencia á la única ocupación de admirarla, encontrando en sus espumas continuos cambios y fenómenos que les deslumbran?

Llegó un día, sin embargo, en que fué necesario trabajar para vivir. Ginebra, que tenía excelentes disposiciones para hacer imitaciones de los cuadros antiguos, se dedicó á sacar copias, y no tardó en formarse su clientela entre los corredores. Luigi á su vez revolvió cielo y tierra, pero era muy difícil para un joven, cuyos conocimientos se limitaban al arte estratégico, hallar ocupación en París. Cansado ya de que todos sus esfuerzos se malograsen, y con la desesperación en el ánimo viendo que todo el peso de su existencia caía sobre la sufrida mujer, quiso sacar partido de su carácter de letra, que era bellissimo. Con la constancia, de que le daba ejemplo Ginebra, solicitó trabajo en casa de escribanos, abogados y notarios de la capital. Su situación y la nobleza de su espíritu interesaron á todo el mundo en su favor, y obtuvo tal clientela, que le fué preciso buscar dependientes. A poco montó su agencia en gran escala. Con sus ingresos, y los que les proporcionaban los cuadros de la italiana, acabaron por conseguir una posición cómoda que les enorgullecía, puesto que sólo dependían de sí mismos. No hubo para ellos instante de su vida más hermoso. La vida se les iba sin sentir entre sus ocupaciones y sus caricias. Por la noche, después de haber trabajado mucho, se encontraban en el gabinete de Ginebra. Serviales entonces la música de distracción, sin que les anublara el rostro la más leve sombra de melancolía, ni ella se permitiese turbar su goce con la queja más ligera; sino que, por lo contrario, aparecía siempre ante su Luis con la sonrisa en los labios y los ojos resplandecientes de pasión. Dominábales á los dos el mismo pensamiento, y hubiera bastado eso para hacerles conllevar las molestias más rudas: decláse Ginebra que trabajaba para Luigi, y Luigi que se entretenía para Ginebra. Algunas veces, en ausencia de su marido, pensaba la joven que su dicha fuera completa, si aquella existencia plácida y amorosa corriese además en compañía de sus padres; abandoná-

base entonces á melancolía inmensa, atormentada fuertemente por los remordimientos; representábanse en su imaginación los cuadros más sombríos; veía á su viejo solo, ó llorando á su madre y procurando que el inexorable Bartolomeo no descubriese sus lágrimas; ergulábase de improviso las dos cabezas blancas y graves ante sus ojos, y le parecía que ya no le era posible contemplarlas de nuevo, sino á la fantástica luz de la muerte. Perseguíale semejante idea como un presentimiento fatal.

El aniversario de su matrimonio celebrólo regalándole á su marido un retrato que con ansia deseaba él: el retrato de su Ginebra. Nunca dibujó obra de tal mérito; aparte la semejanza indiscutible, en todos sus rasgos leíanse, con mágica expresión, la pureza de sus sentimientos y su felicidad de amar, y sobre todo relucía el brillo de su hermosura. Celebróse aquella labor maestra. El año que así inauguraban pasó también con toda tranquilidad y su historia puede resumirse en dos palabras: *eran felices*. No ocurrió ningún acontecimiento que merezca relatarse.

A principios de 1819, los corredores de cuadros dijeron á Ginebra que les diese algo más que copias, pues no podían venderlas ya ventajosamente por la excesiva competencia. La Porta comprendió que había hecho mal no ejercitándose en la pintura original con que podría haber adquirido envidiable renombre, y se dedicó á hacer retratos; pero tuvo que luchar con una nube de artistas más pobres que ella. Sin embargo, como los esposos reunieron algunas economías, confiaban aún en lo porvenir. Hacia el fin del invierno Luigi trabajó sin tregua ni descanso. También le tocaba á él esforzarse contra los competidores; los pliegos de oficio se pagaban á más bajo precio y ya no podía dar ocupación á nadie, con lo cual es claro que necesitaba emplear más horas para reunir el mismo jornal. Su mujer pintó algunos cuadros que no dejaban de tener mérito; pero las demandas escaseaban aun para los artistas famosos. Ginebra los ofreció á precios inverosímiles, sin conseguir que se los comprasen. La situación amenazó llegar á ser insoportable; saturábales el alma con sus efluvios la dicha, y el amor derramaba con mano pródiga sobre ellos sus tesoros; pero la miseria se levantaba como un fantasma, amenazando agostar aquella cosecha de placeres, y aunque cada cual la veía, guardábase de revelar sus inquietudes. Cuando más ganas



sentía de llorar Ginebra viendo sufrir á Luigi, colmábale de caricias; y del mismo modo escondía en lo más íntimo y oculto su pena el esposo, consolando á su compañera con las manifestaciones más tiernas de su amor. Querían compensar su desgracia hostigando sus sensaciones dulces, y exaltaba no sé qué frenesí, lo mismo sus palabras, que sus juegos y sus goces. Temblaban pensando en lo porvenir. ¿Dónde está el sentimiento que puede compararse al de una pasión amenazada de concluir en plazo próximo porque la agoste la muerte ó la pobreza? Hablando de su indigencia, sentían la necesidad de engañarse mutuamente y se aferraban con el mismo ímpetu de deseo á la esperanza más sutil. Buscó cierta noche inútilmente á Luis, que no estaba á su lado, y se levantó asustada del lecho. Débil claridad, que reflejaba el muro sombrío del patio, le reveló que su marido trabajaba durante la noche. Se entretenía él, en efecto, hasta que su esposa durmiese, y entonces subíase al despacho. Dieron las cuatro y Ginebra volvió á acostarse, fingiendo descansar. Luigi entró muerto de fatiga y de sueño y Ginebra contempló dolorosamente aquella faz hermosa, que surcaban ya algunas arrugas.

—Por mí, por mí pasa las noches escribiendo—murmuró, arrasándosele de lágrimas los ojos.

Asaltóle una idea, y se los secó: fué la de imitar á Luigi. Sin perder tiempo, al otro día dirigióse á casa de un rico comerciante de cuadros, y merced á la recomendación que le felicitó uno de sus corredores, Elías Magus, obtuvo trabajo para iluminar. Dedicóse á pintar, mezclando esta tarea con los quehaceres de la casa, mientras había luz del sol, y cuando llegaba la noche iluminaba grabados. Desde entonces no entraba ninguno de aquellos seres tan apasionados en la cama, sino para dejarla al poco rato. Fingían que se entregaban al sueño, y por abnegación mutua se dejaban tan pronto como uno conseguía engañar á su compañero. Al cabo, Luis, de madrugada, sintiéndose desmayar, abatido por la fiebre de un trabajo cuyo peso le anonadaba ya, abrió la claraboya de su cuarto para respirar el aire puro de la mañana y obtener algún alivio á sus amarguras; fijóse con asombro en el resplandor que proyectaba en la pared la lámpara de Ginebra, y adivinando lo que ocurría, bajó, entró de puntillas y sorprendió á su niña en medio del taller.

—¡Oh, Ginebra!—gritó.

Dió ella un salto convulsivo sobre su silla; el rubor coloró su semblante.

—¡Acaso iba yo á dormir mientras la fatiga te mataba á tí?

—Es que sólo yo tengo derecho á trabajar de este modo.

—¿Puedo estar ociosa—replicó la joven con los ojos humedecidos—sabiendo que cada pedazo de pan nos cuesta casi una gota de sangre? Me moriría si no pudiera unir mis esfuerzos á los tuyos. ¿No es todo común entre ambos, el placer como las penas?

—¡Tiene frío!—observó con desesperado acento Luigi.—Abróchate mejor el chal, abrigate el pecho, Ginebra mía; la noche está fresca y húmeda.

Fueron á colocarse junto á la ventana, y la esposa apoyó su cabeza en los hombros de su adorado, que estrechaba su tallo; los dos, en silenciosa actitud, contemplaron el cielo, que empezaba á esclarecer el alba lentamente. Las nubes encendidas en fulgores grises pasaban volando, y el cielo se iluminó con luz cada vez más viva.

—Mira—dijo Ginebra,—es como un presagio, como un anuncio de que seremos dichosos.

—Sí, allá arriba—respondió Luigi sonriendo con amargura.—¡Oh, Ginebra, tú que merecías todos los tesoros de la tierra!

—Soy dueña de tu corazón.—Y su acento temblaba de alegría.

—No, no me quejo—continuó el militar estrechándole apasionadamente.

Y cubrió de besos aquel rostro delicado que empezaba á perder la frescura de la juventud, pero cuya expresión era tan tierna y tan dulce, que bastábale mirarlo para obtener el consuelo de sus tristezas.

—¡Qué silencio! Amigo mío, te aseguro que me gusta mucho velar. La majestad de la noche es verdaderamente contagiosa; impone, inspira; hay no sé qué grandeza poderosa en este pensamiento: todo duerme y velo yo.

¡Oh, mi Ginebra! no es hoy solamente cuando he advertido que tu alma es delicadamente graciosa. Pero, mira, la aurora; ven á acostarte.

—Pero si no duermo cuando estoy sola; he sufrido mucho la noche en que me fijé que mi Luigi velaba sin mi compañía.

El valor con que estos jóvenes se defendían contra el in-



fortunio, obtuvo su recompensa, aunque por corto tiempo; porque el mismo suceso alegre que colma de felicidades el hogar, debía acarrearle funestísimas consecuencias: le nació á Ginebra un hijo que era, sirviéndonos el dicho vulgar, *hermoso como el sol*. El cariño maternal dobló sus fuerzas. Luigi contrajo deudas para atender al alumbramiento de su esposa. Durante los primeros días no sintió, pues, su desgracia, y los dos esposos se abandonaron con el espíritu tranquilo al placer de criar á su pequeño. Fué el último rayo de felicidad que alumbró aquella infeliz existencia. Como dos nadadores que se unen para resistir á la corriente, lucharon al principio con denodado empuje, aunque de cuando en cuando les anonadaba el aplanamiento, tan parecido al sopor que precede á la muerte. No tardaron en verse obligados á vender todas sus alhajas. La pobreza se presentó, no horrorosa, sino suave; casi se la podía sobrellevar dulcemente; no espantaba, no iba vestida de harapos, no la anunciaban voces de desesperación, ni la precedían horribles espectros; pero sí borraba todos los recuerdos y todas las satisfacciones de la comodidad; ponía en juego todos los recursos del orgullo. Más tarde degeneró en miseria, y ésta vino descarnada, con todo su acompañamiento de horrores, indiferente en mostrar sus andrajos y pisoteando todos los sentimientos de humanidad. Siete ú ocho meses después de haber nacido el pequeño Bartolomeo hubiera costado mucho reconocer en la madre que amamantaba á esta criatura enclenque, el original del admirable retrato que quedaba como único adorno de la habitación desnuda. Sin leña con qué contrarrestar los rigores del duro invierno, Ginebra vió eclipsarse las gracias de su rostro, sus mejillas llegaron á tener la blancura de la porcelana y sus ojos se oscurecían como si se agotasen las fuentes de la vida en su ser. Viendo á su hijo enteco, descolorido, no sufría más que por aquella inocente víctima; en cuanto á Luigi, no tenía ni aun valor para acariciar á su hijo.

—He recorrido París entero—decía con voz apagada;—no conozco á nadie, y no me atrevo á pedir nada á los extraños. Vergniaud, que nos protegió hasta ahora, mi viejo egipcio, está complicado en una conspiración y lo han encarcelado; además, me tiene prestado todo cuanto disponía. Nuestro propietario hace un año que no nos pide un céntimo por alquileres.

—Pero si nada necesitamos—respondió dulcemente Ginebra afectando tranquilidad.

—Cada día que pasa nos trae un peligro más.

Luigi vendió mal vendidos todos los cuadros de Ginebra, el retrato, varios muebles de que podían prescindir, y la suma que adquirió no hizo más que prolongar algunos momentos más su agonía. En los días de prueba demostró Ginebra la sublime condición de su carácter y su resignada nobleza, soportando estoicamente los golpes del infortunio; sostenía su alma enérgica contra todos los males, y trabajaba con mano desfallecida, cerca de su hijo moribundo, atendía á los menesteres domésticos con actividad maravillosa y se bastaba para todo. Mostrábase todavía feliz viendo que en los labios de Luis vagaba una sonrisa de admiración cuando se fijaba en la limpieza con que relucía el único gabinete donde se habían refugiado.

—Te he guardado un pedazo de pan, amigo mío—dijole ella una tarde en que él volvía á casa fatigadísimo.

—¿Y tú?

—¿Yo? pues yo he comido ya, mi adorado Luis, nada me hace falta.

Y la dulce expresión de su rostro le instaba, aun más que sus frases, á que aceptara el alimento de que se privaba ella.

Luigi la abrazó y le dió uno de esos besos desesperados que se prodigaban los amigos en 1793 cuando subían al patíbulo. Eran momentos de suprema angustia en que dos seres se mostraban tal como eran. Comprendiendo el pobre Luis que su mujer estaba aún en ayunas, sintió como si le hiriera la misma fiebre que á ella le consumía, invadióle un escalofrío horrible, y salió, pretextando un asunto urgente, porque mejor habría tomado el veneno más activo que no salvarse comiéndose el último bocado que encontraba en su hogar. Fué vagando por París entre los carruajes más fastuosos, rodeado de ese lujo insultante que deslumbra dondequiera; pasó apresuradamente por las casas de cambio donde centellea el oro; y á la postre de su martirio, resolvió venderse, ofreciéndose como sustituto para el servicio de las armas, creyendo que este horrible sacrificio salvaría á Ginebra, y que, hallándose él ausente, podría la pobre niña inspirar compasión á Bartolomeo. Corrió, por tanto, en busca de uno de esos *negreros* que se dedican á la trata de blancos, y se



tuvo por feliz al encontrarse con un antiguo oficial de la guardia del emperador.

—Hace dos días que no he comido—dijole con voz lenta y débil;—mi mujer se muere de hambre, y sin embargo no me dirige la menor queja; expiraría sonriendo, estoy seguro. Por favor, compañero—y al decir esto sonreía amargamente, —cómprame y dame un anticipo; soy robusto, tengo mi licencia, y yo...

Dió el oficial una cantidad á Luigi, á cuenta de la que se comprometía á entregarle por el arreglo. El desgraciado se echó á reir convulsivamente cuando vió en su mano un puñado de oro, y corrió con todas sus fuerzas, jadeante, y gritando á lo mejor: «¡Oh, Ginebra mía! ¡Ginebra!» Anochece cuando llegó á su casa. Entró sin hacer ruido, temiendo que la emoción fuera demasiado fuerte para la debilidad de su mujer. Penetraban los últimos resplandores de la tarde por el tragaluz, y los rayos mortecinos reflejaban en el rostro de Ginebra, que dormía sentada sobre una silla y con su niño en brazos.

—Despiértate, alma mía—murmuró sin fijarse en el gesto de su hijo, que conservaba en su rostro una mueca sobrehumana.

Abrió la pobre madre sus ojos al oír aquella voz, tropezó con la mirada de Luigi, y una sonrisa vagó por su boca; pero él dió un grito de horrible espanto. Casi no reconoció á su mujer, poco menos que loca ya, á quien por un resto de salvaje energía enseñó las monedas doradas. Ginebra se puso á reir maquinalmente, y de pronto gritó con voz angustiada:

—¡Luis, el niño está frío!

Contempló á la criatura y dobló el cuerpo desvanecida; el pequeño había muerto; Luigi cogió á su mujer sin quitarle el hijo que estrechaba con fuerza imponderable, y dejándola sobre el lecho, salió á la calle para pedir socorro.

—¡Dios mío, Dios mío!—dijo á su propietario á quien tropezó en la escalera—tengo dinero, y mi niño ha muerto de hambre, y su madre acaba también... ¡ayúdenos!

Volvió desesperado junto á su mujer, y dejó al noble bañil con el encargo de atender, ayudándole algunos vecinos, á todo lo que hiciera falta para aliviar aquella miseria desconocida hasta entonces; tan cuidadosamente la ocultaron aquellos corsos á quienes sostenía firmes su orgullo. Luigi

había arrojado el dinero sobre el suelo, arrodillándose á la cabecera de la cama donde yacía Ginebra.

Delirando dijo ésta:

—Cuide usted de mi hijo, padre; lleva su nombre.

—¡Oh, pobre ángel mío, cálmate!—le suspiró Luigi abrazándola—aun nos esperan días de ventura.

La voz y la caricia de su marido devolvieron un poco de quietud á su espíritu arrebatado.

—¡Ay, mi querido Luis!—replicó mirándole con interés extraño.—Escúchame atentamente. Voy á morir; siento á la muerte, que es natural que venga; sufría demasiado, y después, una dicha como la mía, tan grande, debía ser pagada de algún modo. Sí, Luis mío, consuélate. He sido tan feliz, que si volviera á la vida aceptaría de nuevo nuestro destino. Soy una mala madre; más pena siento por ti, que por mi hijo... ¡Mi hijo!—añadió con voz sentida, intraducible. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos apagados y se puso á estrechar el cadáver á que no había podido infundir alientos con su calor.—Da mi cabellera á mi padre, en memoria de su Ginebra—siguió diciendo.—Dile que no le he acusado nunca...

Y su cabeza cayó sobre los brazos de Luigi.

—No, tú no puedes morir—gritó el pobre;—el médico vendrá pronto. Tenemos pan. Tu padre te perdonará. La prosperidad nos sonríe; quédate aquí, con nosotros, ángel hermoso.

Pero aquel corazón leal y amante se enfriaba; Ginebra volvía instintivamente sus ojos hacia el que adoraba, aunque ya á nada de este mundo fuera sensible: imágenes confusas flotaban sobre su espíritu, próximo á perder todos los recuerdos de la tierra. Sabía que Luigi estaba allí, puesto que seguía estrechándole su mano helada cada vez con más fuerza, como si quisiera detenerse al borde de un precipicio donde le parecía que iba á caer.

—Amigo mío—dijo en las últimas,—tienes frío y voy á calentarte.

Trató de llevar la mano de Luigi al corazón, pero expiró en estas.

Dos médicos, un sacerdote y algunos vecinos penetraron en aquel instante, llevando cuanto hacía falta para salvar á los dos esposos y calmar su desespero. Alborotaban al meterse en la estancia aquellos extraños, pero al cabo reinó un horrible silencio de muerte allí.



En el transcurso de esta escena, Bartolomeo y su mujer se habían sentado en sus vetustos sillones, cada cual á un lado de la vasta chimenea, cuyo encendido brasero recalentaba el inmenso salón. El reloj señalaba las doce de la noche. Hacía mucho tiempo que esta pareja no podía dormir. Estaban silenciosos como viejos que chochean y que lo miran todo, á la manera de los niños, sin fijarse en nada. La cámara desierta, pero animada con recuerdos vivos para sus almas, veíase iluminada por una sola luz que iba extinguiéndose. A no ser por las llamas que chisporroteaban en el hogar, hubiéranse hallado completamente á oscuras. Acababa de dejarles uno de sus amigos, y la silla que ocupara durante su visita estaba entre los dos corsos. Piombo había mirado varias veces aquel asiento, y era que las tales miradas, movidas por sus ideas, se sucedían al compás de sus remordimientos, pues la silla vacía perteneció á la hija ausente. Elisa Piombo espiaba los cambios que sufría el rostro blanquecino de su marido; y si bien estaba acostumbrada á descubrir los sentimientos de Bartolomeo por el gesto que adquirían sus rasgos fisonómicos, eran sucesivamente tan amenazadores y tan impregnados de melancolía, que ya le era imposible leer en aquella alma que parecía enigma indecifrible.

¿Cedía el barón á los poderosos recuerdos evocados por tal silla? ¿Le admiraba que fuese aquella la primera ocasión, desde la huida de la hija, en que se ocupaba su sitio? ¿La había aguardado hasta entonces inútilmente, y era la hora llegada de la clemencia?

Todas estas reflexiones cruzaron sucesivamente por la imaginación de Elisa Piombo. Hubo un momento en que la fisonomía de su marido cobró tan duro ceño, que la pobre mujer tembló, sintiendo haber empleado ardid tan inofensivo para poder hablar de Ginebra. Se oyó distintamente el ligero azotar de los copos de nieve en los cristales, á impulsos del viento del norte que los impelía. La madre de Ginebra bajó los ojos, comiéndose sus lágrimas para que no la vendieran. Escapóse del pecho del anciano un suspiro, y la vieja le miró con interés; veíasele abatido, y se apresuró la dama á hablarle, por segunda vez en los tres años de separación, de su hija.

—¡Si tuviera frío la niña!—murmuró ella dulcemente. El viejo se estremeció.

—Quizás padece hambre—continuó su compañera. Osciló una lágrima en las pupilas del corso.

—Tiene un niño y no puede alimentarle; se le ha agotado la leche.

Aquí el acento de la madre era acento de desesperación.

—¡Que venga! ¡que venga!—alborotó Piombo.—¡Oh, querida hija mía! me has vencido.

Levantóse la anciana como si fuese en busca de su nifia. Pero entonces se abrió la puerta con estrépito, y un hombre cuyo rostro desfigurado parecía trasunto de las fieras, se presentó á su vista.

—¡Mortal! Nuestras familias debían exterminarse una á otra, y no queda de ella más que esto—barbotó, echando sobre la mesa la larga y negra cabellera de Ginebra.

Sintieron los dos ancianos sensación espeluznante, horrosa, como si acabara de caer un rayo á sus plantas, y desapareció de sus ojos el cuerpo de Luigi.

—¡Ese hombre me ahorra un tiro, porque ya va muerto! —dijo lentamente Bartolomeo mirando al suelo.

París, enero 1830.

